

DECIR BASTA: HUELGAS DE MUJERES EN LA HISTORIA

Soledad Bengoechea

Inés Binder, representante del movimiento huelguístico del pasado 8-M dijo: "A las mujeres nos creen tan incapaces de organizar una huelga que están diciendo que hay un señor detrás del 8-M".

Imitando a Mary Beard en su obra "Mujeres y poder. Un manifiesto", quiero remontarme a hace casi tres mil años, a la Grecia antigua, a la Odisea de Homero, y así empezar por el principio mismo de la tradición literaria occidental, con el primer ejemplo documentado de un hombre diciéndole a una mujer ^aque se calle", que su voz no había de ser escuchada en público. Me refiero a un momento inmortalizado en que el hijo de Penélope y Ulises, Telémaco, encuentra a su madre hablando ante su multitud de pretendientes y le dice "Madre mía vete adentro de la casa y ocúpate de tus labores propias, del telar y de la rueca... El relato estará al cuidado de los hombres, y sobre todo al mío. Mío es, pues, el gobierno de la casa". La reprimenda de Telémaco cuando esta se atreve a abrir la boca es un acto que todavía hoy, en el siglo XXI, se repite con demasiada frecuencia.

El inmenso protagonismo de las mujeres en la historia de las revoluciones ha sido invisibilizado por gran parte de la historiografía, pero su papel es innegable. Fueron las mujeres quienes dieron el puntapié inicial a la Revolución Francesa, en 1789, con una marcha por el pan sobre Versalles. Sin embargo, aquella importante revolución, una revolución burguesa, no otorgó a las mujeres los mismos derechos que a los hombres. Las primeras pensadoras feministas denunciaron los límites del proyecto de la Ilustración. La "libertad" y la "fraternidad" no se aplicaban para las mujeres, ni para los trabajadores; los

“derechos del hombre” eran “los derechos del miembro de la sociedad burguesa, es decir, del hombre egoísta”, como señaló Marx en su obra *Sobre la cuestión judía*.

Si revisáramos la historia de las huelgas veríamos desvanecerse peligrosamente el imaginario que con frecuencia las rodea: un aguerrido grupo de varones parando la producción en el espacio de trabajo para obtener mejores salarios y condiciones de trabajo. Muchas huelgas se articularon en torno a elementos que rodeaban la vida de la clase trabajadora que no concernían directamente a la producción; aspectos como la salubridad, la vivienda, la carestía y falta de acceso a los alimentos, y aún a otros como la seguridad frente a la violencia sexual, las garantías de aborto y embarazo, el acceso a la salud, la posibilidad de lactar, la dignidad de quienes no son reconocidos como “trabajadores”, el salario para el trabajo doméstico, las amenazas bélicas o el acceso al espacio o a infraestructuras claves como una carretera o el tendido de agua han ocupado un lugar significativo en las movilizaciones de la clase obrera.

Todas estas cuestiones han articulado incontables huelgas, más de las que imaginamos. Podemos seguir con los cuestionamientos. Buena parte de los paros no se han producido en los espacios laborales sino por fuera, en los barrios, en las calles de las ciudades...Partiendo de esta premisa, aproximémonos entonces, en términos visuales, a algunas huelgas que han marcado un hito en la historia, para ver qué arroja esta mirada. Como ha ocurrido a lo largo de la historia, algunas de estas huelgas se ganaron, pero otras fueron derrotadas. Veámoslo.

Volvamos de nuevo a la Grecia antigua. La primera huelga de mujeres de la que tenemos noticia es de una huelga de sexo. En la comedia inventada *Lisístrata*, que significa “la que disuelve la guerra”, del autor Aristófanes, podemos encontrar uno de los antecedentes de la lucha de las mujeres.

Debido a las continuas luchas que mantenían Atenas y Esparta, las mujeres de ambas ciudades deciden iniciar una huelga de sexo hasta que los hombres dejen las armas. La revuelta es ideada por la ateniense Lisístrata que, harta de no ver a su marido, plantea al resto de mujeres de la “polis” la solución perfecta para acabar con la interminable guerra del Peloponeso: la abstención sexual. Lisístrata consigue convencerlas (pese a las reticencias de muchas) y todas pactan un juramento por el que se comprometen a excitar a sus maridos para luego negarles tener sexo. El pacto se propaga por las ciudades para que repercuta en los combatientes de ambos lados. ¡Si sigue la guerra no hay sexo! Esa era la consigna.

Lisístrata es la primera mujer que aparece en una comedia occidental. Más allá del tema conocido de la revuelta, Lisístrata y las mujeres se apoderan de la Acrópolis y la tesorería, cosa que implica el control económico y político y por tanto, los presupuestos de la guerra. No podemos entender la obra como una revuelta feminista, es una comedia griega que se basa en la fiesta del carnaval que invertía los valores sociales. Pero si que Aristófanes pudo haber discutido el hecho de que las mujeres estaban infravaloradas en su papel social en Atenas (no podemos olvidar que Aristófanes hacía comedia política y que discutía sobre temas de la vida a la polis). De hecho, la mujer padecía los efectos de la pérdida de marido e hijos en la guerra y entre la broma y la crítica es evidente que el comediógrafo reclamaba una atención más significativa de las mujeres en la ciudad. Como en todas las huelgas, esta, ficticia, también exigía sacrificios por parte de las huelguistas, porque al imponer la abstinencia sexual las mujeres no mortifican únicamente a los hombres, sino también a sí mismas, lo que crea tensiones en el grupo de huelguistas, debates en torno a las ventajas y perjuicios de mantenerla... En la obra ellas ganan, pues se puso fin a la guerra.

Lisístrata es una de las obras d'Aristófanes que se ha hecho más popular a lo largo de la historia. Representada por primera vez en 411 a. C., se ha convertido en un símbolo del esfuerzo organizado y pacífico a favor de la paz. Por ello, se usó el nombre para el Lysistrata project (Proyecto Lisístrata), acto teatral que se efectuó el 3 de marzo de 2003 de manera simultánea en más de 42 países en favor de la paz.

Las huelgas que dieron lugar a la celebración del 8 de marzo

¿Por qué el Día Internacional de la Mujer se celebra el 8 de marzo? A partir de una tragedia.

Que el [Día Internacional de la Mujer](#) se celebra el 8 de marzo viene a nuestra memoria cada vez que se acercan estas fechas y que es una jornada para [visualizar la desigualdad entre hombres y mujeres](#) también. Sin embargo, pocos saben que se decidió que fuera en esta fecha y no en otra para honrar la memoria de aquellas que lucharon por los derechos de todas. El 8 de marzo de dos años diferentes tuvieron lugar dos huelgas que marcaron la historia y la segunda acabó con 120 mujeres muertas devoradas por las llamas de la fábrica en la que trabajaban y en la que las habían encerrado.

En 1910, se celebró en Copenhague la II Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas con el objetivo de promover la igualdad de derechos de las mujeres, incluido el del sufragio universal. Fue en esa conferencia, a la que asistieron más de 100 mujeres de 17 países distintos, donde se propuso y aprobó por unanimidad que se celebrara el Día de la Mujer Trabajadora el 8 de marzo, a petición de Clara Zetkin, una destacada activista alemana. Así, se celebró por primera vez el 8 de marzo de 1908.

¿Por qué se eligió el 8 de marzo?

En 1857 y en 1908 se produjeron dos huelgas que pasaron a la historia de la lucha por la igualdad de derechos de las mujeres. La historiografía más extendida afirma que ambos sucesos ocurrieron el mismo día de años distintos, aunque no se sabe a ciencia cierta si ambos coincidieron en 8 de marzo, ahora se especula con que en realidad el segundo paro se produjo en 1911.

Huelga de trabajadoras textiles de Nueva York el 8 de marzo de 1857. Por aquella época, la enorme mayoría de los trabajadores en la industria textil eran mujeres. En esos años, las jornadas laborales eran agotadoras, de más de 12 horas diarias y con un salario miserable. Eran salarios muy bajos para los hombres, pero mucho más para las mujeres, que percibían un 60 o 70% menos que ellos.

Por estas razones, y sumando las pésimas condiciones de trabajo, estas mujeres decidieron ir a la huelga. Organizaron una marcha por la ciudad para denunciar los hechos, pero lo único que obtuvieron fue una fuerte represión por parte de la policía, que dispersó a las mujeres.

Otro de los sucesos más destacados ocurrió el 8 de marzo de 1908, cuando **se** incendió la fábrica de camisas **Shirtwaist de** Nueva York. Un total de 123 mujeres y 23 hombres murieron. La mayoría eran jóvenes inmigrantes que tenían entre 14 y 23 años. Fue el desastre industrial más mortífera de la historia de la ciudad y supuso la introducción de nuevas normas de seguridad y salud laboral en EEUU. Los fallecidos tenían jornadas laborales de 9 horas diarias más siete horas los sábados por un sueldo que hoy equivaldría a entre 166 y 285 dólares a la semana. Según el informe de los bomberos, una colilla mal apagada tirada en un cubo de restos de tela que no se había vaciado en dos meses fue el origen del **incendio**. Los trabajadores no pudieron escapar porque los responsables de la fábrica habían cerrado todas las puertas de escaleras y de las salidas, una práctica habitual entonces para evitar robos.

Las huelgas en Inglaterra por el sufragio femenino

Echemos un vistazo ahora a la historia del sufragio femenino: Su primera líder fue Emmeline Pankhurst, una mujer de la burguesía. Los primeros grupos favorables al sufragio de la mujer se formaron en el Reino Unido a finales de la década de 1860, pero no adquirieron relevancia hasta que la activista Emmeline Pankhurst fundó en 1903 el Sindicato Político y Social de las Mujeres.

Como ocurriría en España durante la Segunda República, en el Reino Unido, en los primeros años del siglo XX, también hubieron voces discrepantes sobre el tema del voto femenino. Tan solo el Partido Laborista, una joven organización fundada en 1900, estaba a favor de otorgar el derecho al voto a las mujeres, mientras que el Partido Liberal y el Partido Conservador se oponían.

Los conservadores estaban, en general, en contra de cualquier extensión del derecho a voto. Entre los liberales, aunque muchos de ellos apoyaban una ampliación de la democracia, cundía la preocupación de que las mujeres votarían de forma abrumadora a los conservadores.

El grupo liderado por Pankhurst, harto de los políticos, renunció a las medidas de presión política que habían utilizado hasta entonces, basadas en tratar de convencer con cartas y argumentos a los diputados, e inició una campaña radical bajo el lema: "Hechos, no palabras". En los siguientes años, las sufragistas quemaron el contenido de cientos de buzones de correos, rompieron las ventanas de miles de comercios y cortaron cables telefónicos, entre otros actos violentos y sabotajes.

También llamaron a los ciudadanos a invadir la Cámara de los Comunes y en octubre de 1908 lograron reunir frente al palacio de Westminster a cerca de 60.000 personas, aunque la policía logró impedir que accedieran al edificio del Parlamento.

La ausencia de resultados tangibles a favor de su causa las llevó a partir de 1913 a radicalizar aún más sus acciones y colocaron diversas bombas que provocaron daños materiales.

El acto de militancia más conocido fue el de la activista Emily Davison, que se convirtió en una mártir del movimiento al arrojarse bajo el caballo del rey Jorge V durante una carrera en un hipódromo, un atropello que le provocó la muerte pocos días después.

Muchas sufragistas acabaron en la cárcel y comenzaron huelgas de hambre, ante lo cual el Gobierno del Partido Liberal trató de forzarlas a alimentarse. El Sindicato Político y Social de las Mujeres declaró una pausa en sus acciones de protesta en 1914 ante el estallido de la Primera Guerra Mundial, aunque continuó ejerciendo presión sobre el Gobierno.

El Parlamento británico aprobó el 6 de febrero de 1918 una ley que otorgaba el derecho al sufragio a las mujeres mayores de 30 años, que en aquel momento eran más de ocho millones en un país inmerso todavía en la Primera Guerra Mundial. Estos días pasados el Reino Unido conmemoró estos cien años.

Diez años después, en 1928, el Parlamento aprobó la ley que garantizaba el sufragio universal para todas las personas mayores de 21 años en el Reino Unido, lo que amplió a quince millones las mujeres con derecho al sufragio en el país.

El éxito de las sufragistas británicas se enmarca en un movimiento social más amplio que ya había llevado a reconocer el voto femenino en Nueva Zelanda (1893), Australia (1902), Finlandia (1906) y Noruega (1913) y la Unión Soviética (1917), y sería pronto imitado en Alemania (1918) y Estados Unidos (1920). En España el sufragio femenino se consiguió en 1931 durante la Segunda República Española. Si no me equivoco, en Europa Suiza fue el último país en que se concedió ese derecho: en 1971.

La huelga “de pan y rosas”

“Al avanzar juntas, bajo la bella luz del día, mil oscuras cocinas, mil lúgubres fábricas se alumbran con el esplendor de un rayo de luz, Porque la gente nos oye cantar: “Pan y Rosas, Pan y Rosas”. (Poesía inspirada en la huelga de las obreras textiles en 1912 en Lawrence, Massachussets).

La industria textil de EEUU empleaba mano de obra inmigrante, femenina e infantil. Más de la mitad eran mujeres y muchas menores de 18 años.

En los albores de 1912 se había votado una nueva legislación que reducía la jornada laboral de 56 a 54 horas semanales para las mujeres y los menores de 18 años. Mil obreras, que acababan de recibir su cheque con un salario menor, por la reducción de horas, decidieron llamar a la huelga. Al frente estaba una de las primeras organizaciones obreras de mujeres que alentó a las trabajadoras a ocupar puestos dirigentes y que peleaba por métodos democráticos en las luchas. Se eligió un comité de huelga con 56 titulares y 56 suplentes, para reemplazar al grupo titular en caso de arrestos, algo común durante las huelgas. El comité representaba todas las nacionalidades; en las reuniones se hablaban 25 idiomas y 45 dialectos, y había intérpretes de todos ellos.

A continuación todo estaba en marcha. Las mujeres hacían gala de sus propuestas bajo dos consignas; conquistar el pan (simbolizando los derechos laborales) y las rosas (como símbolo de la exigencia de mejores condiciones de vida). Con el nombre de estas consignas, a pesar del tiempo transcurrido, aquella huelga es recordada con admiración.

Las dos primeras medidas votadas por el comité fueron: crear un fondo de huelga y un piquete masivo que vigilaría alrededor de las fábricas. Los enfrentamientos con la Policía y las milicias del gobierno local eran cada vez más violentos. Se resolvió formar una línea “infinita” alrededor de los talleres, un piquete que se

mantenía las 24 horas y se movía constantemente. De esta manera era imposible entrar a la fábrica.

Para facilitar la participación de las mujeres, el nuevo comité de huelga instaló guarderías y comedores comunitarios para hijos e hijas de las obreras. Además se realizaban reuniones solo de mujeres, ya que también era necesario combatir el machismo entre los obreros, incluso entre los activistas. Una de las impulsoras más entusiastas de esta política fue Elizabeth Gurley Flynn.

Imaginémonos cual sería la situación de violencia que se creó que se decidió enviar a los niños a otras ciudades, donde serían albergados por familias solidarias. En el primer tren salieron 120 chicos. En el momento en que se disponía a salir el segundo tren hacia New York, la policía desató una represión desmedida en la estación. Este episodio llevó la huelga a las páginas de los diarios nacionales y al Congreso.

Todos hablaban de Lawrence. Los dirigentes de la central sindical oficial tuvieron que pronunciarse, pero no apoyaron la huelga: tildaron a las obreras de izquierdistas, anarquistas y revolucionarias, no querían saber nada con los comités de huelga. Pero las obreras de Lawrence contaban con un apoyo amplísimo. Se realizaban mítines de solidaridad en todo el país. Las universidades cercanas, como la prestigiosa Harvard tenía comités estudiantiles que colaboraban con la huelga. La participación de estudiantes de universidades de mujeres fue muy importante: recolectaban dinero, difundían la lucha y viajaban a Lawrence para colaborar directamente con el comité de huelga.

La gran difusión, la firmeza de las obreras, y el miedo a que se extendiera la huelga, hizo ceder a los empresarios: aceptaron la jornada laboral reducida y el aumento de los salarios. Después de una larga lucha, durante casi todo el invierno, el 12 marzo la huelga de "Pan y Rosas" culminó con una de las primeras

victorias del movimiento obrero en Estados Unidos, con la implementación de la jornada reducida, aumento de salarios y el reconocimiento de los sindicatos.

8 de marzo de 1917: la huelga que derribó al zar de Rusia

Trataremos ahora de otros motines y de otra huelga que tuvo una importancia crucial en la historia mundial: Nos tenemos que remontar a la fría Rusia, y al 8 de marzo de nuestro calendario en Petrogrado (Ahora San Petesburgo).

No olvidemos que, durante siglos, señala la historiadora Mercè Renom, “uno de los principales frentes populares en el occidente europeos estuvo relacionado con los derechos sobre las subsistencias alimentarias básicas (...). Los movimientos sociales alimentarios implicaban a hombres y mujeres de todas las edades, con un relevante protagonismo femenino”.

Allí, en Petrogrado, ese día, un 8 de marzo de 1917, las mujeres habían convocado manifestaciones y mítines para celebrar su día. El descontento era generalizado y se esperaban protestas masivas, pero lo que nadie sabía era que ese día iba a comenzar una revolución. Los sucesos pasaron a la historia como la Revolución de febrero, porque el calendario juliano vigente entonces en Rusia “atrasaba” 13 días.

¿Por qué aquel descontento? Pues porque además de los motivos que los obreros y obreras rusos tenían para protestar había unas condiciones que añadían otros. Rusia, como la mayoría de Europa estaba viviendo los horrores de la Primera Guerra Mundial (1914-1918). La carencia de alimentos y otros productos de subsistencia eran mayores que antes del conflicto. A ello había que añadir la gran cantidad de mujeres que habían enviudado y estaban solas o con sus hijos pequeños.

En las ciudades escaseaba el pan y las penurias del pueblo pobre eran insostenibles. En Moscú, en los dos primeros años de la guerra los precios de los productos básicos habían subido un 131%. En diciembre de 1915 las mujeres de Petrogrado hacían filas durante horas con temperaturas bajo cero para comprar azúcar y harina. Se producían numerosos disturbios protagonizados por mujeres, donde el reclamo principal era el precio de los alimentos. En febrero de 1917, la ira acumulada se transformó en acción.

En aquel ambiente, las obreras de las fábricas textiles de Petrogrado salen a la huelga y recorren en grupos las fábricas vecinas. Se dirigen especialmente hacia las empresas del metal, llamando a los trabajadores a sumarse. Las mujeres son convincentes; tiran palos, piedras y bolas de nieve contra las ventanas. Dos días después, en Petrogrado se vive ya una huelga general. “¡Abajo la guerra!”, “¡Pan para los obreros!”.

Por aquel entonces, en toda Rusia había unos 7,5 millones de mujeres trabajadoras en la industria.

Un editorial del *Pravda*, el periódico de la fracción bolchevique de la socialdemocracia, informaba una semana después que “las mujeres fueron las primeras en salir a las calles de Petrogrado en su Día Internacional. Las mujeres en muchos casos determinaron el estado de ánimo de aquellos pobres soldados que caían en las trincheras bajo el fuego de las balas o congelados por el intenso frío; ellas iban a los barracones y los convencían de ponerse del lado de la revolución. ¡Que vivan las mujeres!”, decían ellos.

Aleksandra Rodionova, una joven conductora de tranvías de 22 años, participa en las acciones que llevaron a la caída del Imperio de los Zares. “Recuerdo cómo marchamos por la ciudad. Las calles estaban llenas de gente. Los tranvías no funcionaban, y había coches dados la vuelta sobre las vías. No sabía entonces,

no entendía lo que estaba pasando. Pero gritaba con todos los demás: 'Abajo el Zar'. Su testimonio está recogido por varias historiadoras de las mujeres en Rusia.

En una semana el zarismo se derrumba, los ministros huyen y los diputados de la Duma forman un gobierno provisional, con el príncipe Lvov a la cabeza. Desde abajo, nace otro poder, el de los consejos de delegados de la clase trabajadora, al que se suman comités de campesinos y soldados. Estos organismos habían surgido por primera vez en la Revolución de 1905 como una nueva forma de autoorganización democrática desde las bases, los sóviets.

Polia trabajaba como mucama en un hospital militar, no sabía leer ni escribir, y la primera vez que participó en una votación fue cuando la eligieron para el comité ejecutivo del sóviet de los empleados del hospital. La historiadora Barbara Evans Clements cuenta que, como gran parte de las mujeres trabajadoras, Polia sentía que no tenía nada que perder y mucho que ganar con la revolución, empezando por su dignidad.

Entre febrero y octubre, la participación de las mujeres va en aumento. El 18 de marzo, una reunión de obreras de cuatro grandes fábricas resuelve llamar a sus hermanas a unirse en la lucha por sus derechos. A principios de abril, 40.000 mujeres se movilizan en Petrogrado, rehusando abandonar las calles hasta que se aprobara el derecho al voto. Finalmente, el 20 de julio de 1917, le arrancan al gobierno provisional de Kerensky el compromiso de permitir el voto para todas las mujeres mayores de 20 años en la futura Asamblea Constituyente. Eugenia Bosh, Inessa Armand y Aleksandra Kollontai, mujeres que serán claves en los primeros tiempos de la revolución de octubre, fueron algunas de las dirigentes bolcheviques que en esos meses dieron discursos ante trabajadores, trabajadoras y soldados, escribieron artículos, organizaron reuniones y colaboraron con la organización de la revolución.

Barcelona: En el centenario de una huelga de mujeres de 15 días de duración

El pasado enero de 2018 se celebró en Barcelona y en otras ciudades españolas el centenario de una revuelta de mujeres que seguramente pocas veces habrá tenido parangón en la historia, puesto que durante los 15 días que duró el motín ellas no permitieron ser ayudadas por los hombres. La causa de aquellos sucesos fue similar al de Petrogrado del que antes se ha tratado.

Sin duda, poner el sustento en la mesa y acarrear carbón con el que calentar cuerpos y alimentos han sido tradicionalmente tareas propias de mujeres. Pero cuando ellas percibían que estos productos escaseaban canalizaban su ira en forma de motines de subsistencia o motines del pan. No ha sido infrecuente que las «líderes del hambre» se transformasen en líderes sindicales, arrastrando a las compañeras a participar en manifestaciones y huelgas.

Como decía antes, desde 1914, Europa se desangraba en una horrible guerra que resultó mundial. Aunque España se declaró neutral, no por ello dejó de sentir sus repercusiones. Diversas ciudades españolas convertidas en exportadoras de productos básicos a esa Europa bélica sufrieron las consecuencias en forma de carestía de víveres, y las mujeres protestaron: citemos Málaga (con víctimas mortales), Barcelona, Alicante y Almería.

En enero de 1918, también por culpa de la escasez de productos de subsistencia en Barcelona se llevó a cabo una revuelta de mujeres. Se ha hablado de la participación de elementos extranjeros en esta revuelta. Parece, no obstante, que no es necesario acudir a conspiraciones para entender la protesta. Otras fuentes hablan de un rebomborio del pan, de una revuelta violenta y ciega. Pero siguiendo paso a paso el desencadenamiento de los hechos que dieron lugar al establecimiento de un estado de guerra y teniendo en cuenta que las mujeres

salieron triunfantes de la huelga, cuesta imaginar que aquel suceso de ahora hace cien años fuera una protesta ciega. Todo indica que, en un principio, fue bien liderado por dos mujeres que eran políticas republicanas lerrouxistas, a las que más tarde se les añadieron mujeres anarquistas bien conocidas.

En estado de rebeldía aquellas mujeres estuvieron dos semanas, hasta que se declaró el estado de guerra. ¿Un estado de guerra por una revuelta femenina? ¿Ha ocurrido alguna otra vez en la historia? ¿En algún país? Veamos que pasó durante aquellos días.

Barcelona estaba amenazada por el hambre y el frío. Frío porque eran los días más crudos del invierno barcelonés, y no se encontraba carbón, porque los carboneros lo escondían esperando que subiera el precio, y el que se encontraba era caro. La chispa de la revuelta comenzó cuando la Junta de Subsistencias, nombrada por el gobierno para regular los precios, impuso un precio al carbón que los tenderos rechazaban. El aumento del carbón a un precio mayor a un 33% al acordado por la Junta, llenó a la rabia de la población.

Aquella mañana de enero de 1918 helaba. El viento soplaba furioso, las nubes se deslizaban amenazando lluvia, y hasta los pájaros enmudecían. El frío y la humedad de Barcelona se filtraban a través de ventanas y de las capas de mantones con que las mujeres de las clases humildes, que no disponían de carbón para calentarse, intentaban abrigarse. Cuenta el periódico republicano federal *El Diluvio* que, después de una noche de insomnio, en que la botella de agua caliente apenas había logrado templar sus pies, a las diez de la mañana Amalia Alegre, militante del partido radical, rigurosamente vestida de negro, sin toquilla que la arropase y asesorada por otra militante radical y periodista, María Marín, salió de su casa. Decidida, fijó en una pared un escrito. Grupos de hombres con las cabezas cubiertas con las típicas gorras surgieron curiosos de las tabernas. Éstas, situadas en los bajos de los edificios, en muchos casos antes

habían sido fábricas. Allí se hacinaban inmigrantes del sur de España, aunque la noticia no iba con ellos. La nota invitaba a todas las ciudadanas –a ellas- del barrio de Atarazanas. Debían acudir al Gobierno civil de la provincia en gran manifestación de protesta contra los exorbitantes precios de las subsistencias y la negativa de los carboneros a vender el carbón a precio de tasa. La convocatoria de Amalia creó confusión. Una gran parte de las mujeres eran analfabetas. El revuelo era enorme. Las más ilustradas leían con orgullo la propuesta. Comprendiendo lo que ocurría, pronto Amalia subió a un tablado para hacer oír su voz y fue prontamente atendida por un desacostumbrado gentío que permaneció en silencio. Ella miró el grupo numeroso de féminas vestidas con ropas ajadas y raídas, y de niños mal calzados con alpargatas a pesar del frío. Junto con María Marin formó una comisión de cinco mujeres que encabezó la manifestación. Más de 500 féminas, la mayoría de entre 13 y 30 años, se pusieron en marcha. Aquellas calles desempedradas y bulliciosas se llenaron de curiosos que lanzaban exclamaciones de sorpresa, de júbilo. Los vecinos de las casas subían al terrado, balcones y terrazas para ver pasar la manifestación. Narran las crónicas que, mientras, en la calle, las manifestantes lanzaban consignas y las mayores desfilaban firmes, furiosas, sin esbozar sonrisas, al tiempo que las más jóvenes, con la insolencia propia de la juventud, reían y cantaban.

Estamos hablando solo de mujeres, ¿qué hacían los hombres? Veamos que decía un periódico:

Obligaron a todos los hombres que intentaban sumarse a la manifestación a retirarse. (...) En un mitin de 5.000 mujeres, no se permitió la entrada a ningún hombre ". Y un titular decía: "Las mujeres, propietarias de Barcelona" (El Imparcial, 15 y 25 de enero de 1918).

A pesar del aire gélido, ellas, las mujeres, siguieron sin parar hasta la Plaza de San Jaume, sede del Ayuntamiento. Allí, quizás gracias al número de ellas, a los gritos y la insistencia, consiguieron que sus quejas fueran escuchadas por el

alcalde. A media tarde, aunque lloviznaba, la manifestación volvió a formarse. En esta ocasión, tal vez porque las mujeres habían perdido el temor, estuvieron acompañadas por sus hijos. Esta vez el destino era la sede del gobierno civil, allí, en el Pla de Palau, donde también fueron recibidas y pudieron expresar sus reclamos y consignas. Una de estas consignas era:

¡Mujeres a la calle, a defenderse del hambre y a poner remedio al mal!. ¡Por humanidad, a la calle todas! Así gritaban las mujeres.

El cordial recibimiento del alcalde y el gobernador hicieron pensar a las mujeres que estaban en el camino correcto. Vana esperanza. Al día siguiente la situación continuaba igual. El precio del carbón seguía por las nubes al igual que el de los alimentos básicos. Según *El Diluvio*, esta vez por la tarde la concentración de féminas se dirigió hacia el Paralelo, la vía “pecadora” por antonomasia. Las mujeres, decididas a todo, pasaron por bares, teatros y music-halls, donde las trabajadoras se contaban a cientos. A los dueños de los establecimientos se les obligó a cerrar, apedreando y rompiendo los cristales si se resistían. Mientras, invitaban a las trabajadoras, camareras, bailarinas, cantantes, mujeres de “compañía” y artistas, muchas de ellas ligeras de ropa, a unirse a la protesta al grito de “¡Abajo los acaparadores! ¡Queremos las subsistencias baratas!”. Ni siquiera las amenazas de la policía las detuvo. Entre gritos y voceríos las alborotadoras interrumpieron después los tranvías que chirriando transitaban por las Ramblas. Invitaban a las mujeres, algunas de ellas señoras de la burguesía que opusieron una cierta resistencia, a que bajaran y se unieran a la protesta. Cuando la marcha pasaba cerca de las fábricas del Paralelo, nutridos grupos de obreras abandonaban el trabajo y se unían a las revoltosas. Lo mismo hacían, por grado o por fuerza, las dependientas de comercio. Y la manifestación crecía mientras tomaba un aspecto variopinto y festivo: mezcladas iban mujeres de la burguesía con sus vestidos almidonados, amas de casa con delantal, trabajadoras

de fábrica vestidas con sus batas azules y las llamadas “chicas alegres” del Paralelo. Parecía que el mundo pertenecía a las mujeres.

En aquel momento el movimiento, tan cohesionado hasta ahora, comenzó a dividirse. Algunas compañeras cuestionaron el liderazgo de Amalia Alegre y María Marin. Ellas y sus partidarias no dudaban: se mostraban en desacuerdo con el asalto a las tiendas, que ya habían dejado de ser actos esporádicos. Desde el diario anarquista *Solidaridad Obrera* se incitaba a que las mercancías se cogieran sin pagar. Desde ese momento, encabezando la huelga hubo mujeres más políticas y mujeres anarquistas históricas. Especialmente significativas fueron Lola Ferré, Libertad Ródenas y Rosario Dolcet.

A partir de aquí, las manifestaciones y mítines se reprodujeron cada día. La protesta ya no se limitó al precio del carbón, sino que se incluían todos los productos de primera necesidad. Patrullando por las calles y mercados se veía a la policía. Hasta ahora, las fuerzas policiales estaban desconcertadas “solo son mujeres que gritan” se decían, y no se atrevían a hacer cargas duras. Pero pronto ya no se vio a esas mujeres como inofensivas y las detenciones se contaron a decenas

El Diluvio dice que por la tarde del lunes 14 de enero, entre 3 o 4.000 mujeres montaron manifestaciones paralelas en diferentes puntos de la ciudad. Más de 14.000 trabajadoras se declararon en huelga, no acudían a las fábricas y se sumaban a las marchas. Mientras, alrededor de 5.000 féminas entraron al edificio del Gobierno Civil para hablar con el gobernador. Preguntándose algunas de dónde les provenía aquel valor, saltaron un gran cordón de guardias de seguridad. Asombrados, y ¿por qué no? quizás también temerosos ante lo que veían sus ojos, los guardias custodiaban la entrada. Inmediatamente el gobierno mandó desalojar la escalera donde las manifestantes se concentraban. Desde arriba fueron empujadas algunas, mientras resistían las de abajo, lo que dio como

resultado 25 mujeres gravemente heridas cuando se desprendió la baranda de hierro de la escalera. El alboroto fue enorme. Fuera del edificio esperaban miles de mujeres que gritaban pidiendo médicos, ambulancias, auxilio. A la vez, continuaban deteniendo y vaciando carros de carbón y llevándose alimentos de las carnicerías.

Y así se llegó al paro general. Frente al inminente asalto de las manifestantes toda Barcelona paró. Hasta los cines, teatros y mercados cerraron sus puertas. El anciano que en una esquina giraba la rueda del manubrio no sabía que hacer. Dudaba. No creía lo que veía sus ojos: Las mujeres bloqueando los tranvías que se veían obligados a parar si no querían atropellar a las agitadoras. Al mismo tiempo, mientras sustraían productos de las tiendas de alimentos y se repartían entre el gentío, ellas se enfrentaban a la guardia civil. Y eso que los guardias imponían, armados con sus rifles y montados a caballo. Las cargas, corridas, insultos, caídas, gritos de dolor y detenciones se sucedían.

En los barrios ricos, las ventanas aparecían cerradas, las persianas bajas, las cortinas echadas, las calles vacías. Cuentan las crónicas que en el mercado, desierto, se veían en el suelo cestos vacíos, panes, cebollas. Todo ello dejado por campesinas que habían llegado con la mercancía, y asustadas habían huido entre gritos, juramentos y sollozos.

¿Cómo y cuándo acabaría esta revuelta, este griterío de mujeres? Sólo la declaración del estado de guerra en la provincia de Barcelona pudo silenciarlas. El ejército custodiando los mercados y comercios, las tropas en las calles y la instalación de ametralladoras en varios enclaves disolvió toda protesta. Durante unas horas se oyeron tiros. Después: silencio. Inexplicablemente no se produjeron víctimas.

Con el fin de evitar que la revuelta se repitiese el nuevo gobernador civil, González Rothwos, anunció una serie de medidas para aumentar el

abastecimiento de productos de primera necesidad. Enumeró una lista de precios para ellos e informó de las sanciones, frente a la no aceptación por los tenderos de los precios tasados. Patrullas del ejército supervisaron que los establecimientos se abriesen y que el precio al que vendían los productos respetase las instrucciones dadas.

Más o menos complacidas, a finales de enero de aquel 1918 las barcelonesas volvieron a sus posiciones: las amas de casa al hogar, las obreras fabriles al pie de sus telares o a sus máquinas de coser, las artistas del Paralelo a sus locales de ocio. Aquella nota que hacía unos días, el 10 de enero, Amalia Alegre fijó en una pared convocando a una manifestación había paralizado la ciudad entera, había propiciado la caída del gobernador civil y, lo que era un hecho insólito en una protesta llevada a cabo por mujeres, había forzado la declaración de un estado de guerra. Las mujeres lograron todo eso y, sobre todo, consiguieron mejorar el abastecimiento y bajar los precios, concretamente un 30% el del pan, alimento de primera necesidad en aquella sociedad. Todo ello marcó un hito en la historia de la ciudad. Aquellas mujeres sencillas, olvidadas en los libros de historia, habían mostrado que juntas, ellas solas, sin contar con la protección masculina, podían conseguir mejoras para sí mismas, sus familias y la comunidad. Sin duda, se habían ganado a pulso un lugar en la historia.